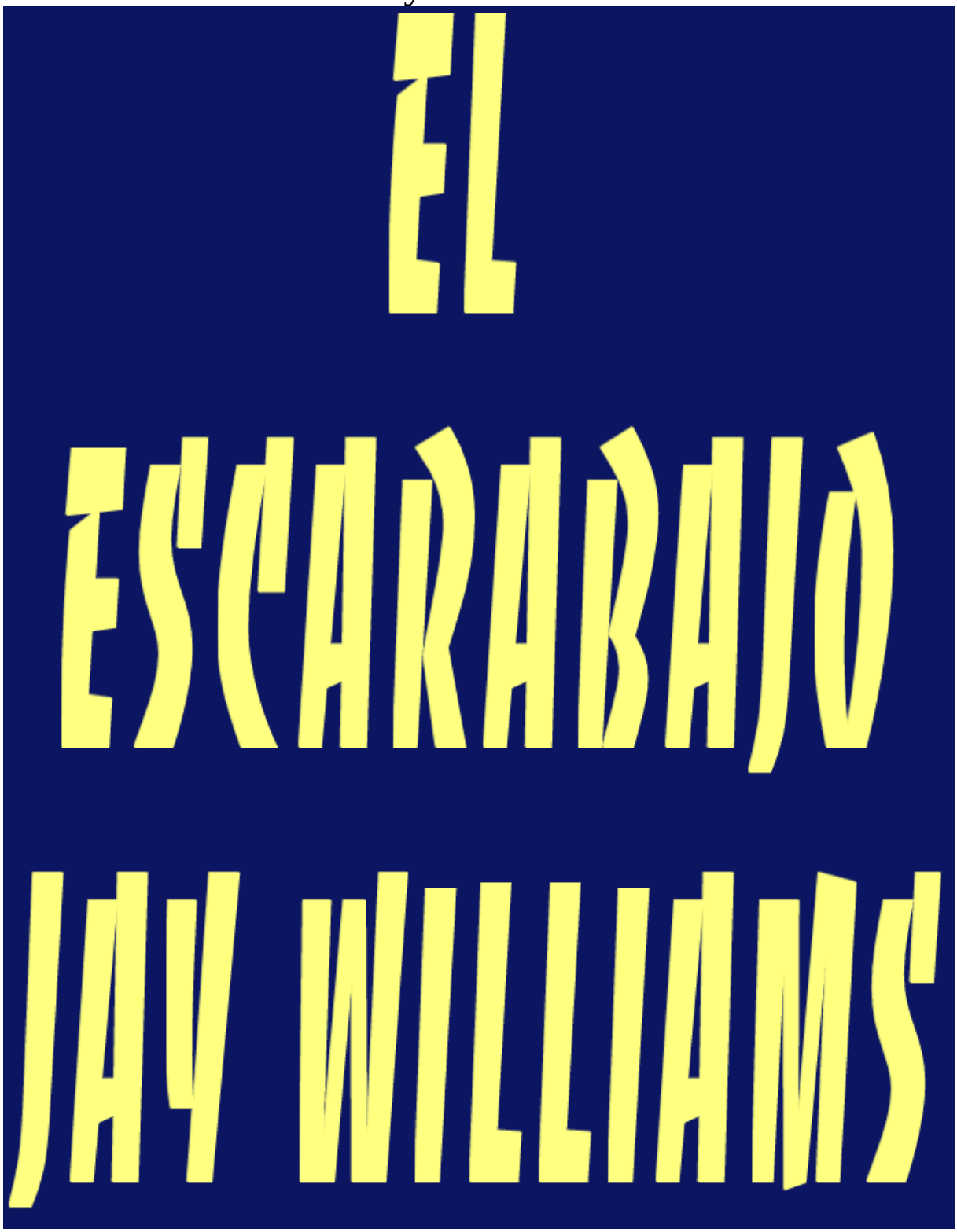
EL ESCARABAJO

Jay Williams



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

El enfrentamiento hombre-insecto es ya un viejo tema de la literatura fantástica. Generalmente, se suele echar mano de insectos gigantes o de hordas de ellos cuando se pretende crear un clima angustioso; pero lo cierto es que un solo insecto de tamaño normal también puede hacer de las suyas... Ya lo dice el proverbio: *«No hay enemigo pequeño.»*

Fulton estaba sentado a solas en el salón escuchando los rumores de la casa. Se oía el débil tintineo del hielo al fundirse en el vaso, el rumor del refrigerador en la cocina, el zumbido de la bomba en la bodega, el chasquido de una tabla al ensancharse. De *vez* en cuando algo golpeaba contra el cristal de la ventana, seguramente un moscardón de junio. Era una noche calurosa y el sudor resbalaba por el rostro de Fulton, aunque estaba inmóvil. Pensaba otra vez en Ledyard, no con remordimiento sino simplemente porque cuando estaba solo, no podía ahuyentar a aquel hombre de su mente.

–¡Quiero un vaso de agua, Donald! –gritó Ellis desde arriba.

Fulton no le hizo caso, aunque de paso pensó que el chico nunca había querido llamarle papá, a pesar de llevar dos años casado con Eliza.

Tomó un sorbo. «Ledyard –pensó–. Seguro que el chico le hubiera llamado papá.» Al muchacho le gustaba Ledyard. Una pena para Ledyard. Pero había sido suicidio; nadie lo había dudado siquiera. Y había ganado el mejor de los dos.

Recordaba aquella noche. El y Ledyard en el balcón del apartamento del segundo.

–No seas tonto, Ledyard –le había advertido–. Mantente apartado de Eliza.

–No me empujes, Fulton –replicó Ledyards pero sin amenaza ni agresividad en su voz.

Era una voz blanda, como el resto de su persona, untuosa, pequeña, con unos ojos inocuos detrás de sus gruesas gafas. Era tan inofensivo e indefenso como un gusano o una chinche bajo el pie, pensaba Fulton, y también igual de repulsivo. Tal vez por esto le odiaba de forma casi irrazonable, porque Fulton era fuerte y odiaba todo lo que reptaba o se arrastraba.

–Bien, métetelo en la cabeza –exigió Fulton–. Ella es mi tipo. No te entrometas, nada más.

Lo cual era injusto, teniendo en cuenta que Ledyard conocía a Eliza desde varios años atrás. La había asistido durante su divorcio, y hasta se había ocupado de Ellis, que a la sazón sólo tenía dos años, durante el traslado. Siempre había amado a Eliza, y esperaba casarse con ella, hasta que Fulton, el mejor de los dos, el más fuerte, se había presentado.

Para subrayar sus palabras, Fulton le había empujado, esta vez un poco más fuerte. Ledyard trastabilló hacia atrás y chocó contra la barandilla. Ocurrió de pronto, inesperadamente. Fulton vio cómo a Ledyard se le agrandaban los ojos detrás de los lentes, y con la boca desmesuradamente abierta, quedó invertido, con las piernas en el aire... y desapareció. Desapareció irrevocablemente.

Fulton sacudió la cabeza, sin lograr ahuyentar el recuerdo. También había habido un grito: ¿O no? No, ningún grito, y esto era lo peor. Todo había sucedido sin ruido, con la sensación de la caída, como en sueños. Fulton corrió a la barandilla y miró hacia abajo. Allí había dos o tres personas reunidas en un grupo, muy abajo, tanto que parecían hormigas en torno a una cucaracha muerta. Salió del apartamento y bajó. No tardó mucho en estar confundido entre la multitud. Nadie le conocía, nadie le había visto. Y todo el mundo estuvo de acuerdo en que Ledyard se había suicidado a causa de Fulton y Eliza.

Ellis volvió a llamar, canturreando monótonamente:

–¡Un vaaa-so de aaaaa-gua!

–¡Maldito crío! –murmuró Fulton, sin emoción, sin moverse.

Si no fuese por Eliza, se libraría del muchacho. Lo enviaría a un colegio. Sería lo mejor para él. Esto le haría hombre.

No era la primera vez que de la muerte de Ledyard pasaba a pensar en la posible muerte de Eliza. No había sido un matrimonio feliz; Fulton se había sentido más atraído por el dinero que por la pálida belleza de su mujer, ya que él era, como solía decir, un hombre al que le gustaba vivir por todo lo alto, y no tenía paciencia para estar sentado en una casa de Connecticut todas las noches, contemplando los cuadros de las paredes. Además, estaba el chico. Ellis nunca lo había apreciado, aunque durante unas semanas Fulton se esforzó por complacerle y mostrarse paternal.

«Siempre ocurre lo mismo –se dijo, con amargura–. Uno se esfuerza por ser grato a la gente y ellos te dan una patada en los dientes.»

No sería difícil deshacerse de Eliza. Fulton no se consideraba un asesino, al menos no más que muchos, y aun los más dichosos acostumbran a veces imaginar métodos para deshacerse de la mujer. Pero sabía, muy en su interior, que era capaz de matar; la muerte de Ledyard le había endurecido. A veces, pensando en aquel hombrecito, llegaba a creer que lo había empujado deli-

beradamente. En realidad, cuando no experimentaba el vértigo que le asaltaba al recordar la caída, sentía un poco de orgullo; pocas personas lograban destruir a un rival.

Sí, era capaz de... de algo sutil sin que tuviera que enseñar su mano. Esto era lo malo: no quería correr riesgos. De esta forma, la casa, las acciones, los coches, los demás bienes, todo sería suyo. Meditaba proyectos hábiles, como conectar una bomba con el motor del coche, unos cables de alta tensión misteriosamente desprendidos, caídas por largos tramos de escalera...

Tomó otro trago y de repente se irguió, asaltado por una nueva idea. Podía ser fácil, mucho más fácil que todo lo demás. Eliza había salido para cumplir con uno de sus deberes cívicos, con la P. T. A. o con la Liga de Votantes Femeninas, o con una de esas idioteces que él jamás había sospechado en ella cuando la conoció; pero así eran esas mujeres altas y pálidas: pronto se agotaban de placer y trataban de ocupar el lugar de los hombres. Fulton sonrió torvamente y volvió a su idea. Eliza podía encontrarse con un asesino adolescente al volver a casa, con un granuja. Los periódicos estaban llenos de sucesos en que las mujeres eran atacadas, violadas y asesinadas en sitios desiertos. Por ejemplo, él podía salir sigilosamente de casa y encontrarse con ella en el cruce próximo a Corbridge Lane. Era un paraje solitario y silencioso, muy arbolado, sin una sola casa a la vista. Ella le vería, pararía el coche, sin sospechar nada, pensando que tal vez algo le ocurría a Ellis. Después, hacia la una, llamaría a la policía: «¿Les han informado respecto a algún accidente? Oh, mi esposa todavía no ha regresado y empiezo a inquietarme», diría.

Tenía que ponerse guantes, claro.

–¡Donald! –chilló Ellis–. ¡Donald, me muero de sed!

–¡Cállate! –rugió Fulton.

No podía hacer nada mientras el crío estuviera despierto. El pulso empezó a latirle con fuerza, sintiendo al mismo tiempo como un nudo de excitación en la garganta.

–Te subiré agua –gritó con tono amenazador.

Fue a la cocina, cogió un vaso, lo llenó de agua, sin molestarse en dejarla correr antes, de modo que estaba algo tibia. Subió, experimentando una gran satisfacción al pisar fuertemente. La habitación de Ellis siempre estaba atestada de juguetes que olvidaba guardar, y las cajas, las pinturas, los automóviles y los animales llegaban hasta el pasillo, donde había ahora un coche de bomberos cargado con chinitas y piedras, casi en el último peldaño de la escalera. Fulton le pegó un puntapié y penetró en el dormitorio. Tropezó con una esquina de la alfombra que Ellis había girado, convirtiéndolo en un escondrijo secreto, y se tambaleó. Se derramó parte del agua del vaso, mojándole los zapatos.

–Mira lo que has hecho –masculló.

El niño se incorporó en la cama.

–¿Dónde está mamaíta?

–Ha salido. Ya sabes que ha salido. Vamos bébete el agua y a dormir. ¿Me has oído?

Ellis bebió, mirándole por encima del vaso.

–¿Eres mi papá? –preguntó.

–¡Cállate! Y mañana quiero que recojas todos estos juguetes. ¿Lo oyes? –golpeó con el pie algunas canicas del suelo–. Alguien podría tropezar con esto y caer. Tú, a lo mejor, y entonces te romperías el cuello. Y lo tendrías merecido.

Una de las canicas resbaló, apartándose de las demás. No, era un escarabajo; Fulton no sabía de qué especie, ni le importaba; lo pisó automáticamente. Sin embargo, el insecto se escurrió a lo largo de la pared, por un lugar donde él no podía tocarlo. Corrió hacia el pasillo.

–¡Un escarabajo! –gritó Ellis–. ¡Era un escarabajo!

–Calla y duerme.

Fulton cogió un bloque del juego de construcciones del niño, de unos cincuenta centímetros de largo por unos tres de grosor. Sin apagar la luz salió al pasillo. El suelo estaba cubierto por una alfombra de color claro, y encima divisó al escarabajo. Levantó el bloque y en el mismo instante el insecto levantó las alas y zumbando voló hacia él. Involuntariamente, Fulton agachó la *cabeza.* El escarabajo desapareció.

Vaciló, buscándolo. El hecho de haberle obligado a bajar la cabeza le parecía una victoria del insecto, y por esto lo odiaba ya.

–Ningún maldito escarabajo puede asustarme –rezongó.

Creyó oír otra vez el zumbido, en su dormitorio, situado al final del pasillo. Fue hasta la puerta y escuchó. Efectivamente, algo crujió, como si el insecto hubiese chocado con la pantalla de la lámpara. Encendió la luz. Fue entonces cuando el escarabajo se despegó de los bajos del pantalón, donde había estado hasta aquel momento, y voló hacia la luz. Plegó las alas y cayó al suelo. Fulton vio cómo se escurría debajo de la mesa.

Se secó la cara con la manga. Fijos los ojos en la mesa, cogió un periódico de la estantería de las revistas, al lado de la butaca, y lo enrolló fuertemente. Con el diario en una mano y el bloque de madera en la otra, se puso a gatas y atisbo por debajo de la mesa. Blandió el periódico atrás y adelante, listo el bloque. Le pareció sentir algo y alargó el periódico hasta la pared, explorando el suelo, hasta que el papel se rompió. Lo retiró y se agachó más para mirar. Algo se movió en su mano. Miró de reojo. El escarabajo estaba cruzando por su muñeca, en dirección a la puerta del cuarto de baño.

Temblando de furia y asco, se puso en pie y arrojó el bloque contra el insecto. Pero éste cambió de dirección y desapareció debajo de la cama. Se limpió la mano en los pantalones. Luego sacó la linterna de la mesilla de noche.

–¡Oh, no! ¡Esto no, maldita sea! –exclamó, mordiéndose el labio inferior.

Cogió de nuevo el rollo de papel roto y lo metió por debajo de la puerta del cuarto de baño, obturándola por debajo.

–Por aquí no huirás –murmuró.

Volvió a coger el bloque de madera y se puso de rodillas; con el rayo de luz de la linterna exploró debajo de la cama. Sólo acertó a distinguir volutas de polvo.

De pronto observó que en el suelo, bajo el lecho, donde se unía a la pared, se elevaba un poco del resto del piso, y le pareció divisar por una fracción de segundo, como en una caverna, un par de ojillos diminutos.

Estaba claro que no alcanzaría al insecto con el pedazo de madera. Reflexionó un momento.

–¡Te atraparé! ¡No te escaparás!

Esto le divirtió y se echó a reír. Incorporándose, halló una lima de uñas muy larga en el tocador y volvió hacia la cama. Se tumbó boca abajo y se arrastró un poco. Sosteniendo la linterna en una mano, apuñaló la caverna con la lima. Sintióse presa de un violento frenesí y empezó a apuñalar en todas direcciones. El polvo que levantó le hizo estornudar.

Retrocedió y se puso en pie.

–Adiós, escarabajo –exclamó.

Se dirigió al cuarto de baño y se lavó las manos. Tenía la cara colorada y la camisa pegada al cuerpo; su cabello estaba sucio de polvo.

–¡Dios mío! –murmuró–. ¿Ahora, qué? Cazar así a un escarabajo... Esto me recuerda a Ledyard. Los mismos ojillos. ¿Llevarán lentes los escarabajos?

Volvió a reír y salió del baño. El insecto se desprendió de la colcha de la cama y huyó volando de la habitación.

Fulton cogió el bloque de madera. Corrió al pasillo, vio al bicho descansando sobre la alfombra, casi al otro extremo del pasillo y, echando a correr, le tiró la madera. El insecto se escurrió por el suelo, temblándole las antenas. Fue hacia el cuarto de los huéspedes. Fulton intentó matarlo, pero falló el tiro, y el bicho desapareció en las sombras del dormitorio.

–No saldrás de ahí, Ledyard –murmuró Fulton, sin pensar qué decía y blandiendo el bloque. Se asomó a la habitación.

–Sí, es Ledyard –continuó monologando Fulton–. Es muy listo. Siempre lo fue.

Curiosamente, se echó a reír sin motivo alguno. Se llevó una mano a la boca y palpó cautelosamente la pared de la estancia, hasta que encontró el interruptor.

–Bien, Ledyard –exclamó–, bien... Quieres jugar, ¿eh? Aguarda y verás.

Entró en el cuarto lentamente y se quedó en un rincón, mirando a su alrededor.

–¡Un maldito escarabajo! –musitó–. ¿Qué hay con eso? ¿Eh? ¿Qué hay con eso?

El escarabajo estaba pegado a la pared, al nivel del hombro de Fulton. Era un insecto magnífico, de casi cinco centímetros de longitud, con un lomo marrón azulado muy brillante y antenas

muy largas. Fulton podía verle un ojo con claridad, una cuenta redonda, negra y lustrosa, que parecía mirarle por encima del hombro; le pareció que el insecto se burlaba de él. Levantó lentamente el bloque y, más lentamente aún, lo llevó hacia delante. Sin prisas. Lo aplastaría.

Pero antes de poder tocarlo, el escarabajo se despegó de la pared. Voló hasta la alfombra y allí se detuvo. Fulton giró en redondo para mirarlo, y de pronto tuvo la sensación de ser él quien estaba acorralado, que era el insecto el que le perseguía *a él.*

Saltó al frente, pisoteando con fuerza la alfombra. Demasiado tarde. Oyó una especie de arañazo en algún sitio, aunque no vio nada.

Aquel bloque de madera era un arma muy deficiente. Lo tiró al suelo, decidiendo confiar más en sus pies o sus manos, aunque la sola idea de tocar aquel bicho le llenaba de asco. Empezó a agacharse para mirar debajo del lecho, y vio, sólo por el rabillo del ojo, lo que parecía una tenue sombra saliendo del cuarto. Abrió la puerta con rapidez. Empezó a avanzar por el pasillo con suma lentitud, inspeccionando cada palmo.

Llegó a la escalera y se detuvo. Con la punta del pie, apartó cuidadosamente un par de revistas infantiles e hizo rodar el coche de bomberos. Gruñó, irguiéndose; le dolía la espalda a causa de haber estado agachado largo rato. Y de pronto, lo vio.

Estaba encaramado en el último peldaño, contemplándole, inmóviles las antenas. Fulton dio una sola zancada y pisó con fuerza.

Era una canica de Ellis.

El pie resbaló sobre la canica. Se asió a la barandilla, le falló la mano y rodó por la escalera. Su *cabeza* fue chocando contundentemente contra los escalones, y cuando llegó al final, permaneció tendido unos minutos respirando con un ronco estertor... y murió.

El escarabajo descendió del techo, y pausadamente, como el hombre que se abrocha el abrigo, plegó las alas. Luego, se escurrió por el suelo hacia el cuarto de Ellis. El niño estaba sentado en la cama, con la luz encendida, escuchando todos los ruidos.

–Hola, señor Ledyard –dijo.